

Inicio

Quizás, lo que hoy se requiera, al menos para quien hace de la filosofía su profesión sea el camino inverso: no tanto pensar la vida en función de la política, sino pensar la política en la forma misma de la vida.

Roberto Esposito, *Bios, biopolítica y filosofía*

Desde distintas aristas del pensamiento nacional se ha planteado una interesante crítica en torno a nuestro sistema democrático instaurado en la década de los '90. Las voces analíticas han construido un relato donde se ponen en cuestión temáticas fundamentales como la ciudadanía, participación, rol del mercado en el quehacer público, etc. La llamada democracia protegida ha sido flanco de diversas opiniones en tanto no ha demostrado un explícito quiebre con las políticas estructurales implementadas en el régimen autoritario (Gómez Leyton, 2010). Los planteamientos biopolíticos inaugurados por Michel Foucault (1998, 2001, 2006, 2007) nos entregan claves adecuadas para comprender nuestra historia reciente. Esta inquietud proviene del interés por la particular experiencia chilena.

Dentro de espectro latinoamericano, nuestra historia política se anuda en una compleja y dramática construcción amparada en la dictadura militar, la cual logra sintetizar –a lo menos– dos situaciones: la autoritaria y la neoliberal. Consideramos que Chile se sitúa en un especial escenario, donde la dictadura militar –desde la excepción y aniquilamiento– sienta las bases para el rearme del capitalismo actual mediante la articulación de un sistema político que se yergue en los cimientos mismos del régimen. Esta conflictividad sería de especial interés para un análisis político del proceso de la transición.

El Golpe, y la construcción discursiva que le secunda en las nociones transitorias, constituyen espacios de aniquilamiento no sólo en los sentidos explícitos del horror, a través de la persecución, tortura, desaparición y muerte, sino que también en la forma de comprender la política. En este sentido, habría que pensar las posibilidades de situar la producción y posibilidad de muerte en dictadura como una tecnología de la guerra, en tanto inicio y componente sustantivo de la gubernamentalidad neoliberal. En la presente ocasión desarrollaremos un análisis que se sitúa desde la oportunidad de comprender la historia reciente desde una lectura biopolítica contemporánea. A partir de la radicalidad de la dictadura militar chilena, ahondaremos en una aproximación basada tanto en el componente excepcional como neoliberal. Apuntamos a que la cifra de este proceso estaría dada por la figura de la *sobrevivencia*, en tanto vida atravesada por la máquina de muerte, precarizada y por el neoliberalismo, y gestionada por la democracia transicional.

I La recepción biopolítica en la América reciente

Los planteamientos biopolíticos² apuntan a una forma de comprensión donde existe un nexo entre economía, gobierno y sistema jurídico, claramente escenificados en el modelo neoliberal donde el gobierno de la vida adquiere una dimensión impensada. Sin entrar en un recorrido conceptual acabado³, podemos señalar a modo de síntesis que las condiciones de posibilidad del sujeto viviente, inmerso e imbuido en el campo soberano, comienzan a desplegarse como subrepticias técnicas de poder cuyo objetivo es el de potenciar la administración de los cuerpos mediante métodos capaces, por un lado, de aumentar las fuerzas y aptitudes de los sujetos y, por otro, de docilizarlos en relación a los nuevos horizontes de sentido que emergieron con las sociedades capitalistas.

Paulatinamente, desde esta lectura sobre el biopoder, se ha logrado constatar el establecimiento de un régimen de libertad que configura técnicas de gobierno específicas, y que mantiene vigente las inestabilidades del sistema económico mediante la producción de discursos gubernamentales, sociales y políticos que actúan como soporte. Como dirá Foucault en *Historia de la sexualidad*: “El principio de poder matar para poder vivir, se ha vuelto principio de estrategia entre estados; pero la existencia en cuestión ya no es aquella, jurídica, de la soberanía, sino puramente biológica de una población” (Foucault, 1998:129). El problema de la vida, su regulación y las facultades de muerte serán entonces problemas centrales que, desde una nueva óptica, inaugura nuestro autor francés.

Como se sabrá, las derivas biopolíticas han atravesado una serie de producciones posteriores. Apuntando a la dimensión estratégica que enmarca la captura de la vida desde el despliegue de poderes en los contextos de la medicina, derecho y economía (Karmy 2011), autores como Giorgio Agamben (2003, 2005, 2007), Roberto Esposito (2003, 2005, 2006, 2009) y Toni Negri (2000), han posicionado un fructífero despliegue del concepto. Particularmente, la recepción latinoamericana de los autores italianos apunta a una especial vinculación entre nuestra realidad

² En términos conceptuales, la denominación de Foucault de biopolítica corresponde a la dualidad griega que, explicitada por Giorgio Agamben, se ejemplifica en la dicotomía entre *bios* y *zoé*. Esta última acepción dice relación con el simple hecho de vivir, común a todas las especies que pueblan el planeta, unificando a animales, plantas y humanos. Por el contrario, *bios* se refiere a la caracterización específica del desenvolvimiento político de los hombres y mujeres, abriendo de paso la posibilidad para el espacio de la libertad. Por biopolítica entonces Foucault aludiría justamente a la politización del espacio de la *zoé* en el contexto de la racionalidad moderna, es decir, la politización de la vida biológica, o el gobierno de la vida. En este sentido, las técnicas de gobierno configuraron un accionar organizado y sistematizado cuyo ejercicio se realizaba directamente sobre la vida humana (Agamben, 2003; Cassioli y Sobarzo, 2010).

³ Para un desarrollo interesante del término biopolítica, sus recepciones y adecuaciones, contamos con los aportes de Edgardo Castro (Karmy, 2011).

histórica-institucional-cultural y los aportes biopolíticos. Desde la colonia⁴ hasta las dictaduras militares del cono sur, hemos podido apreciar la vigencia de problemas como la eugenesia, el *racismo de Estado* (Foucault, 2001), la medicalización de las políticas públicas, por mencionar sólo algunos fenómenos. En este sentido, el “olvido foucaultiano” sobre la colonia y lo indígena se ha posicionado como un punto de partida para la estructuración de un análisis donde se evidencia el eurocentrismo, apuntando la observación hacia un hecho histórico que se reconoce más tempranamente en América (Castro-Gómez, 2010; Rodríguez y Tello, 2010).

Considerando lo anterior, la herramienta biopolítica en América Latina nos ayuda a comprender cómo los estados han podido transformar no sólo el sustento de lo político, su representación y densidad, sino que también el contenido y funcionalidad del ser humano en dicho contexto. La obligatoria *productividad* inherente a los ciudadanos del presente siglo XXI no es sino una consecuencia de este proceso extrapolado a los más extremos márgenes, cuya racionalidad se constituye desde la legalidad criolla del siglo XIX.

La construcción de la racionalidad estatal, desde este período histórico, tendió a una concentración del poder para la producción de un nuevo tipo de sociedad que logró configurar y materializar existencialmente la relación entre población y producción. El motor de dicha transformación radicó en el fortalecimiento de un poder estatal que representó y manejó los intereses del mercado.

Por otra parte, la constitución estatal en la mayoría de los estados latinoamericanos requirió la constitución de un mito de nación y, al mismo tiempo, la aparición de un monstruo, de un enemigo interno o, en palabras de Roberto Esposito, del paradigma de la inmunidad. El indio, el roto, el revolucionario, delincuente, o el extranjero operan como permanentes amenazas al interior del sistema, las cuales sirven de igual manera para demarcar lo propio, lo legítimo, lo normalizado. La América Latina del siglo XX se caracteriza por la tensión constante entre una constitución soberana que busca reiteradamente las formas de rearticulación entre un sistema económico capitalista y el desarrollo de una gubernamentalidad tendiente a la regulación de la población y a la restricción de lo político, cuyo eje fundante sería el estado decimonónico y su mito fundacional a través de la idea de Nación.

Los estudios en biopolítica han tenido en nuestro país un eco no menor⁵, en el sentido de potenciar nuevas lecturas que comienzan a mostrar sus rendimientos

⁴ Rodríguez y Tello acuñan la idea de *biocolonialidad*, la cual se caracteriza por: “política colonial que tenía a su cargo el gobierno de los cuerpos indígenas, los cuales bajo ninguna docilidad fueron obligados a ocupar sus fuerzas en las minas de oro y plata” (Rodríguez y Tello, 2010).

⁵ Es interesante constatar la producción nacional en torno a la biopolítica y sus derivaciones. Destacamos tres textos al respecto: *Michel Foucault: Neoliberalismo y biopolítica* (Lemm, 2010); *Biopolíticas del sur* (Cassigoli y Sobarzo, 2010); *Políticas de la interrupción* (Karmy, 2011). Además se han publicado números temáticos en la revista *Pléyade* y tres congresos realizados en Santiago.

para comprensión teórica e histórica del pasado reciente. Nos ayuda a comprender la forma en que los estados han podido transformar no sólo el sustento de lo político, su representación y densidad, sino que también el contenido y funcionalidad del ser humano en dicho contexto.

En este sentido, la peculiaridad de nuestra realidad actual posee la complejidad de constituirse a lo menos en relación a tres discursos: la ineludible existencia de las democracias, la inalterabilidad del orden neoliberal y la funcionalidad de los movimientos sociales. Nuestras subjetividades se desenvolverían en esta estática practicidad, estableciendo pequeños mecanismos de movimiento y extrañas formas de disrupción. El vínculo entre soberanía y utilidad, o entre lo jurídico y lo económico se constituye como problema biopolítico que es propicio observar en la particularidad histórica.

La radicalidad represiva de las dictaduras en América Latina condicionó un proceso de ordenamiento social tanto de las perspectivas económicas como de lo social. En algunos países, la violencia militar se manejó a la par de una estrategia neoliberal enfocada hacia el despliegue de lógicas funcionales —principalmente de mercado— que buscaron evitar las interferencias y luchas de las subjetividades políticas. En este sentido, Sergio Villalobos-Ruminott señala que la limitación normativa de las teorías “transitológicas” chilenas se enmarca en un relato excepcionalista que apunta a la continuidad de la democracia en nuestro país (2010: 18). Ello se articula como criterio estandarizado y oficial sobre el cómo comprender el pasado nacional. Veamos algunos apuntes al respecto.

III

La construcción gubernamental en dictadura

La producción de matrices teóricas de carácter sociológico o politológico para comprender el proceso emprendido desde la Unidad Popular hasta la transición democrática, ha generado formas de reordenamiento y recomposición social basándose en el ámbito modernizador de la dictadura chilena. El Golpe fue entendido como parte de un agotamiento de un modelo político de las prácticas partidistas en el período de la UP⁶. Tal como señala Villalobos-Roumniott, estas lecturas apelan a un criterio jurídico de comprensión de la política,

⁶ Para una lectura apropiada del proceso, es preciso revisar los textos de José Joaquín Brunner, *Cultura autoritaria en Chile* (1981) y de Eugenio Tironi, *El régimen autoritario. Para una sociología de Pinochet* (1998).

El cual se expresa en la representación de las causas del golpe como un agotamiento del sistema de representación que llegaba a los años 70s, deslegitimado y sobrecargado de expectativas... En este periodo, y de manera progresiva, se habría agotado el sistema político sometido a demandas sociales inabarcables, cuestión que explicaría la crisis de legitimación de la misma actividad política. Esto habría coincidido con una sobre-ideologización debida, entre otras cosas, a un contexto latinoamericano efervescente (Villalobos-Ruminott, 2010: 23).

Abandonando las agendas radicales, los autores provenientes de renovadas vertientes políticas de centro izquierda profesionalizaron una lectura epistemológica y política acerca del Golpe, donde se desplegaban los lineamientos para una política democrática basada en el consenso, la estabilidad y responsabilidad política y económica. Basándose en una lectura republicana, anidada en una estabilidad constitucional, la Unidad Popular irrumpe como un desborde de la acción política. Desde José Joaquín Brunner (1988), hasta Manuel Antonio Garretón (1984) pasando por Eugenio Tironi, podemos observar la producción de saberes (epistémicos) que posibilitaron una transición que ocultaba una modernización neoliberal, otorgando una comprensión de la política, de su acción y despliegue enmarcado en los designios del estado y en una opción redemocratizadora. La idea de una *transición* es justamente la posibilidad de naturalizar los designios desplegados por el régimen autoritario, que heredaba en la democracia y en la sociedad no sólo una sociabilidad distinta, sino que también una facultad de economización de la vida y las relaciones humanas mediadas por el estado y la empresa privada. La dicotomía dictadura-democracia, basada en una lectura eruptiva del Golpe, construyó un período postautoritario que –como posibilidad constitutiva– se erguía en tanto se diferenciaba de la dictadura: la única posibilidad *viable* para el fin del terror. A partir de lo anterior, se constituyó un modelo de subjetividad política, un deber ser desplegado desde un discurso cimentado en la intelectualidad chilena, como también en una serie de prácticas concretas representadas desde políticas públicas hasta producciones mediáticas. Estos discursos se configuraron como un trasfondo político para una reconfiguración social y ciudadana del país (Follegati, 2011).

Esta lectura procesual omite una serie de implicancias que es preciso abordar con mayor despliegue, quizás en otra oportunidad. Sin embargo, podemos sostener que es preciso observar la historia reciente desde una mirada cuya búsqueda radique en las continuidades, anidamientos y producciones gubernamentales y epistémicas originadas en el seno autoritario y continuadas tanto desde lo institucional (y constitucional), como también por la elaboración de una cierta racionalidad política que nace a partir de las lecturas comprensivas de la relación UP-Golpe,

desde los años '80⁷. Como bien señala Idelber Avelar (2000), las *transiciones son las dictaduras mismas*. Villalobos-Ruminott enfatiza:

La determinación del golpe como un accidente o como un destino inexorable, en todo caso, no supone, como fácilmente se podría creer, dos concepciones distintas de la temporalidad, sino una y la misma: aquella preñada de continuismo jurídico que insiste en evaluar la evolución política del país de acuerdo a un criterio institucional y termina remitiendo la actividad política al estrecho marco de la racionalidad estatal. El golpe no es ni un accidente ni una necesidad, sino un reiterado ejercicio de reconfiguración institucional frente a las amenazas precipitadas, esta vez, por la radicalización de las demandas sociales (Villalobos-Ruminott, 2010: 40).

El Golpe, y la construcción discursiva que le secunda en las nociones transitológicas, constituyen espacios de disciplinamiento y normatividad no sólo en los sentidos explícitos del horror, a través de la persecución, tortura, desaparición y muerte, sino que también en la forma de comprender la política. Basada en la lectura de la polarización y sobre ideologización de la sociedad pre '73, la racionalidad política articulada desde los gobiernos de la Concertación utilizó la herencia golpista: el miedo, la desvinculación social, el individualismo y la desconfianza fueron elementos constitutivos para una nueva política madura y capaz de enfrentar los desafíos de la transición. Una nueva política o una *impolítica* desde Esposito (1996).

La consecuente restructuración democrática, en el caso chileno, por ejemplo, requirió de una des-violentización de las relaciones sociales y políticas, extrayéndole el sustento conflictivo a toda relación de lo político. Con ello, no sólo se levantó un discurso hegemónico manejado por las oligarquías políticas y económicas, sino también una condición anestésica como premisa necesaria para la adopción de un modo de vida biopolítico y una subjetividad servicial y acomodaticia a los fines del mercado y de la estabilidad.

Los problemas biopolíticos adquieren un cariz fundamental para comprender el proceso contemporáneo chileno. Desde la estructura jurídico-soberana de occidente, el paradigma inmunitario y el biopolítico, podemos atender a las complejidades de nuestra realidad. Para Rodrigo Karmy (2007): “Si la dictadura soberana de Pinochet obedece, pues, al ‘paradigma soberano’ (aquél que, según Foucault, ‘hace morir y deja vivir’), los gobiernos de la Concertación de partidos por la democracia operan, pues, como el ‘paradigma biopolítico’ (‘hace vivir y niega la muerte’)”. Los

⁷ Sobre las producciones emanadas desde finales de los 70 y todos los 80, podemos observar la recopilación de textos elaborada por Flacso Chile, en el siguiente link. Allí se encontrarán textos de Norbert Lechner, Tomás Moulian, Manuel Antonio Garretón, Ángel Flisfisch, Eugenio Tironi, entre otros. Ver: <http://lanic.utexas.edu/project/laop/flacsofull.html>

gobiernos democráticos transicionales se constituirían en este espacio articulando dos nociones potenciadas desde el espacio autoritario: la política en tanto gubernamentalidad; y la potenciación de la vida desde un espacio económico constituyéndola en *sobrevivencia*. Esta última será nuestra tesis.

III

La excepcionalidad como clave analítica

Willy Thayer señala en su texto *El Golpe como consumación de la vanguardia* (2006), y siguiendo a Patricio Marchant, la lectura del Golpe desde las ciencias sociales es vista como un paréntesis invertido: “)...(”.

Esta inversión en ningún caso demoniza el Golpe como algo que irrumpe desde fuera de la historia. Más bien descarta cualquier voluntad explicativa del acontecimiento Golpe como simple interrupción de la historia democrática de un territorio. El paréntesis invertido revierte suplementariamente la relación de la Dictadura con el pasado democrático —y viceversa—, contagiando la resonancia del nombre *democracia* subsumida en el cliché del cientista-social. El paréntesis invertido dispone a la Dictadura como verdad irreconciliable de la democracia y la historia de la institucionalidad burguesa... El paréntesis invertido señala que la democracia burguesa siempre fue *estado de excepción hecho regla* (Thayer, 2006: 21).

Comprender la Dictadura desde la excepcionalidad, apela a una forma de resituar la complejidad analítica del proceso chileno. Remitirnos al problema de la soberanía es preguntarnos también, desde las lecturas de Giorgio Agamben, por la relación entre estado de excepción y estado de naturaleza:

Estado de naturaleza y estado de excepción son sólo las dos caras de un único proceso topológico... aquello que se presuponía como exterior (el estado de naturaleza) reaparece ahora en el interior (como estado de excepción), y el poder soberano es propiamente esta imposibilidad de discernir entre exterior e interior, naturaleza y excepción (Agamben, 2003: 54).

Excepción que se configura mediante una relación de *bando*, donde el que ha quedado fuera de la ley no es indiferente a ésta, sino que es *abandonado* por ella, situándose en un lugar expuesto al peligro, en la interdicción entre vida y derecho (Agamben, 2003: 44). Cuerpos que se caracterizan por un abandono, por una disposición a recibir muerte: verdaderos súbditos que forman el nuevo cuerpo político

de occidente. Desde esta ribera, cierta producción intelectual chilena⁸ ha profundizado una mirada biopolítica de la dictadura donde la excepción soberana se ha convertido en la expresión política contemporánea. Pues, el estado de excepción al romper sus confines espacio-temporales, tiende a coincidir en todas partes con el ordenamiento normal (Agamben, 2003: 54).

La excepcionalidad, en tanto rasgo característico de nuestra construcción soberana occidental, se construye como un proceso constitutivo del legado republicano nacional, siendo más que un reverso, un cariz explícito del contexto político chileno. Esta lectura se yergue como un develamiento frente a las prácticas sociopolíticas conservadoras y tradicionales, apelando a una resignificación de las concepciones sociológicas explicativas del pasado reciente. Lo paradójico de la Latinoamérica democrática actual, es que se gesta en esta conflictividad que se instaura radicalmente, sobre todo en el caso de Chile. Conjugando un desicionismo schmittiano, con las perspectivas transformistas de la derecha neoliberal, el escenario nacional se plegó a la necesidad soberana (Karmy, 2007).

El espacio excepcional se grafica en un escenario donde ocurre la toma del poder jurídico desde el ámbito militar, aplicando una normalización hacia los cuerpos desde dos aspectos: el disciplinamiento y la distribución neoliberal propiciada por el “shock” de los Chicago Boys. El espacio de la excepción es entonces el correlato desde donde se articula *bios* y *zoé*, y donde paradigmáticamente se compone un doble atentado a las vidas que se desenvuelven en el espectro dictatorial.

IV

Figuras de la sobrevivencia: el horror

En definitiva, el objeto de la policía es la vida: lo indispensable, lo útil, lo superfluo. La policía debe garantizar que la gente sobreviva, viva e incluso se supere.

Michel Foucault. *Ommes et singulatim*

La dictadura chilena compone un nuevo escenario sobre la vida. No solamente en tanto que el cuerpo social se recompone como vidas que merecen ser vividas y vidas que no desde un ámbito biológico, sino que también en el sentido de un diagrama que se instalada desde lo ideológico en un doble espacio: el de la militancia política (a través del terrorismo de estado) y el neoliberal (mediante la reforma

⁸ Destacamos a académicos como Rodrigo Karmy, Sergio Villalobos-Ruminott, Raúl Rodríguez, Miguel Urrutia, Juan Pablo Arancibia, por mencionar algunos. Nuevos referentes han surgido en las publicaciones conmemorativas para los 40 años del Golpe Militar en las revistas *Pléyade* N°11 y *Aneconómicas* N° 4.

constitucional). Frente a este último elemento, el despliegue gubernamental de la dictadura se instaura como un mecanismo que busca la productividad individual, amparándose en el designio de la imposibilidad o la pérdida de la posibilidad política. El neoliberalismo se encarga de convertir las vidas vaciadas de lo político en *sobrevidas*, apuntando a una vida economizada y supliendo el lazo social de carácter comunitario por un vínculo regado de prácticas que apelan a mantenerse vivos a como dé lugar. ¿Qué es sino el neoliberalismo aquel sistema que propugna una forma de vida rayana en lo irrealizable? ¿Qué es sino el contexto moderno una lucha por mantener las condiciones mínimas de existencia?

Así como dirá Negri y Hardt (2000) en relación a los mecanismos de articulación mediática y su vinculación con los cuerpos, la dictadura y luego el discurso transicional operó biopolíticamente en la medida en que se constituyó como una racionalidad que “vendió” una justificación política y económica sobre el cómo hacer las cosas. El biopoder desplegado en la dictadura ocupa un lugar de despliegue *desde adentro*, estableciendo mecanismos del miedo en lo social. Vigilancia y seguridad serán tópicos comunes ya tratados en este aspecto, apelando a fenómenos que propiciaron las prácticas de sobrevivencia en la población chilena.

Ineludible es en este sentido remitirnos al fenómeno de los campos de concentración. El campo de concentración ocupa la figura del horror como un mecanismo de despolitización, propiciando la desarticulación comunitaria y cimentando una automatización de la vida. El campo de concentración, vuelto paradigma, nos entrega los lineamientos para comprender “cómo el abandono legal que sufre la vida, se sigue reproduciendo más allá del campo de concentración nazi” (Ávila, 2013: 73). Como es el caso de las dictaduras latinoamericanas, donde la vida queda atrapada nuevamente en este escenario, apareciendo imágenes de los detenidos desaparecidos, cuyas vidas arrancadas transitan en el terreno del horror extremo, de la incapacidad del entierro, de la figura espectral de una vida que ha dejado de ser, pero que sin embargo está presente en un espacio de memoria, de lucha y de presencia/ausencia.

Asumiendo que la estructura dictatorial tomó forma de estado de excepción, comprendemos que el campo de concentración contribuye a la producción de *sobrevivencia*. No solamente en el sentido individual en relación a la experiencia de habitar en su espacio, sino que también desde las formas de articulación para con la vida. Es decir, el terrorismo de estado en el escenario chileno apunta a la neutralización y reconfiguración del individuo, desplegando un sistema que, articulado por el miedo, apuntaba a esa necesidad de reconfigurar la sociedad, establecer nuevos cánones y mecanismos de desenvolvimiento. El campo no sólo opera desde los afectados, de sus familias y entorno sociopolítico, sino que también desde la forma de normalización que se conjuga al momento de desvirtuar lo político. Se *sobrevive* también en la medida que la producción de *nuda vida* es lo característico que

busca el régimen autoritario. El campo demuestra una vez más el modelo jurídico-político al cual estamos *expuestos*.

Así, desde el espacio moderno, la vida en sí misma lleva el peso de la supervivencia. En tanto figura central de este escenario, la vida es atrapada en ciertos circuitos económicos y jurídicos: “La ambición suprema del biopoder es producir en un cuerpo humano la separación absoluta del viviente y del hablante, de la zoe y el bios, del no-hombre y del hombre: la supervivencia” (Agamben, 2005: 163). En este sentido, la supervivencia se transforma en una clave para comprender un nuevo cariz de la *nuda vida* desde un espacio mediado por la excepcionalidad y articulado por el neoliberalismo. El caso del Chile dictatorial será fundamental al respecto.

Si la excepcionalidad nos demuestra las posibilidades de muerte, en un sentido tecnificado y racionalmente constituido a través de los campos de concentración, la deshumanización dictatorial se sitúa en el doble sentido que hemos comentado: despolitizado y productivo (economizado). La humanización propuesta por la dictadura, entonces, se configura en tanto economización de la vida. No sólo el Estado imbuido de un registro librecambista, sino que también una vida que adquiere sentido en su más extrema desolación. Es en el mercado desde donde la comunidad vuelve a convertirse (ya no vida) en su reverso, sino en *sobrevivencia*. Es por esto que el ensayo neoliberal, aunado de un designio de muerte, juega en Chile una síntesis macabra, no sólo una experiencia aniquilante, sino que también un contenido anestésico. La excepcionalidad es vuelta como forma de gobierno desde el espacio económico, ejemplificado en la transición chilena.

La idea de una tanatopolítica se vuelve vigente en tanto se reconfigura a través del paradigma inmunitario de Esposito, al proteger a la vida a través de su forma de negación. El italiano remarca el eslabón faltante en la lectura foucaultiana: “Sólo si se la vincula conceptualmente con la dinámica inmunitaria de protección negativa de la vida, la biopolítica revela su génesis específicamente moderna” (Esposito, 2006: 17).

La síntesis del proceso se condice mediante un diagnóstico donde la muerte adquiere tanto un espacio constitutivo como límite externo. Desde el régimen biopolítico, la vida se vuelca hacia un umbral de supervivencia, donde los problemas del *continuar vivo* parecen traspasar los propios límites de la conservación hasta configurarse en una forma de vida.

La supervivencia entonces, en los lindes establecidos por el marco jurídico-político democrático, a partir de la década del '90 se basa en esta aporía donde la vida misma se relaciona con una muerte ajena, transformándose el *tánatos* en una característica de la reformulación de las dinámicas de poder en el escenario golpista. Sin embargo, como observábamos al comienzo, este éxito fue posible en tanto que se construía una racionalidad política que apelaba a una funcionalidad de lo

político, de lo jurídico y económico. Este espacio discursivo *transitológico* podría referirse a una forma de gubernamentalización que se instala en un período anterior a la llegada de la democracia (1990), pues su despliegue emerge en el contexto dictatorial y en relación a un discurso que aboga por la vida (derechos humanos) y la democracia. ¿Es posible hablar de una gubernamentalidad dictatorial pero cuyo despliegue se realiza desde la figura del adversario político (la oposición)? ¿Podríamos pensar que el pliegue ‘dictadura-transición’ desde este problema nos entregaría nuevas lecturas sobre la complementariedad entre ambos regímenes? Sin duda que las preguntas recién planteadas requieren de una dimensión de análisis complejo que demanda ser tratadas en una próxima ocasión. Sin embargo, es atinente señalar que la figura de la sobrevivencia opera como un síntoma que nos demuestra la articulación entre el régimen de muerte y el productivo, el espacio preciso desde donde se erige el neoliberalismo.

IV

Figuras de la sobrevivencia: Neoliberalismo

Si la *sobrevivencia* explícita es vista desde el espacio de la despolitización fundada a punta de las armas, es necesario observar la panoplia que posibilita su accionar. El sistema capitalista es el lazo constitutivo de un contexto liberal que esgrime la constitución de individuos que se yerguen en un contexto liberalizado. El neoliberalismo, propiciando una *molecularización de la forma empresa* (Castro-Gómez, 2010: 202), posiciona una nueva experimentación social donde el mantenerse vivo se transfigura como la única opción de la libertad prometida. La libertad en tanto *nuda vida*, otorga la posibilidad ineludible de morir de hambre. Como señala el propio Hayek: “No puede decirse que sufra coacción si la amenaza de hambre para mí y para mi familia me obliga a aceptar un empleo desagradable y muy mal pagado o incluso si me encuentro a merced del único hombre que quiera darme trabajo” (Hayek, 1997: 166). El neoliberalismo se orquesta mediante un régimen de *sobrevivencia*, y a través de un sistema de gobierno (dictatorial y democrático).

Que el pueblo ‘upeliento’ se volcara hacia la población neoliberal, se constituye como condición de posibilidad a partir de una sociedad desvinculada, disociada en su sentido político y comunitario. Por lo mismo, el origen fundado en el horror y la existencia de los campos de concentración son constitutivos de estos regímenes de vida. La sociedad neoliberal es el punto cúlmine de una gubernamentalidad propugnada desde la *sobrevivencia*, en tanto cifra de nuestra contemporánea realidad en cuanto que se constituye como un ideal individual y fragmentario, oculto del sentido original de la comunidad. En esta dirección, tal como sostendrá el italiano Roberto Esposito, ante los procesos de extinción de lo común (*munus*):

[E]l individuo es inducido a cerrar su originaria apertura y a circunscribirse a la esfera de su interior ¿Qué otra cosa es la inmunización sino una forma de progresiva interiorización de la exterioridad? Si la comunidad es nuestro ‘afuera’, el fuera-de-nosotros, la inmunización es aquello que nos retrae al interior de nosotros mismos, rompiendo todo contacto con el exterior (Esposito, 2009: 85).

Entonces, estando impregnada de una deriva inmunitaria, la dictadura reimprime un sistema ya existente desde varios siglos atrás. La vida es reinserta en un circuito en tanto que logra circunscribirse al ámbito del mercado, salvaguardando los ideales de la propiedad, el mercado y el consumo. La apertura del *sobreviviente* se diagrama mediante la búsqueda del beneficio propio, del olvido de su realidad, de su situación mediante un mundo de fantasía construido por tarjetas plásticas y posibilidades de ser alguien más. Cuando su propia posibilidad de muerte se transforma en subjetividad. La precarización laboral conlleva a un designio que se construye mediante la capacidad de emprendimiento: “Su única posibilidad de sobrevivencia consiste en autoemprenderse, en desarrollar iniciativa individual” (Rojas, 2006: 46).

En la conocida frase de Hayek “no todos los hombres vivientes tienen derecho a seguir viviendo” (citado por Vergara, 2003: 14) se torna explícito el carácter de la *sobrevivencia*: efectivamente el neoliberalismo se considera un sistema donde la vida es permitida para y por algunos, donde el resto funciona como organismo luchando por su (in)existencia. El proyecto neoliberal extrema las condiciones de intervención del mercado en todas las esferas de la sociedad con el objeto de mantenerse vigente y en constante transformación, mediadas por las necesidades del capitalismo tardomoderno. La sociedad no es pensada desde la *communitas*, sino justamente lo contrario: una civilización que desde el origen resalta el hecho individual y *propium* como valor fundante. La libertad neoliberal es entonces la contradicción de la comunidad.

En este sentido, el neoliberalismo establece una producción subjetiva que se reproduce gubernamentalmente, a través de mecanismos perniciosos como el endeudamiento y hedonismo consumista. Estas prácticas se constituyen como condición de posibilidad de la empresa postfordista, estableciendo nuevas relaciones intersubjetivas que terminan por promover, desde otro registro, formas de sobrevivencia en los escenarios actuales. La gubernamentalidad es interesante en la medida que introduce nociones como la de autorregulación que, en palabras de Castro-Gómez, logra “que el gobernado haga coincidir sus propios deseos, decisiones, esperanzas, necesidades y estilos de vida (Lebensführung) con objetivos gubernamentales fijados de antemano” (Gómez, 2010: 43). En el mismo sentido, Esposito señala que “por una parte, el poder ya no se relaciona circularmente consigo mismo... sino con la vida de aquellos a quienes gobierna en el sentido de que su fin no es la

obediencia tan sólo sino también el bienestar de los gobernados” (Esposito, 2006: 60). El biopoder, desde este registro, se reconstruirá a través de la promesa de la felicidad, entendiendo por ello una felicidad basada en la ausencia de muerte y prácticas de sobrevivencia.

El despliegue democrático subsiste mediante un gobierno providencial que logra articular los nuevos designios neoliberales, cuyo origen se constituye en el seno dictatorial. Thayer señala: “Transición nombra, no el pasaje de la Dictadura a la democracia, sino la transformación que la Dictadura operó, el desplazamiento del Estado como centro-sujeto de la historia nacional, al mercado excéntrico post-estatal” (Thayer, 2006: 124). Así, la figura de la democracia se torna una ilusión de la representación, enfocándose en un régimen directamente gubernamental.

Cierre

La discursividad transitológica de la cual hemos hablado actúa de manera efectiva vinculando una racionalidad que logra distinguir radicalmente democracia y dictadura desde el semblante de la vida (en relación al hacer morir y dejar vivir), como también en cuanto a los límites de la política. La estrategia empleada se configura en un doble ámbito, en tanto que supone una dimensión política (excesos) y una dimensión económica (actuar según las reglas neoliberales). La construcción de una racionalidad concertacionista si bien se elaboró en dictadura, despliega su deslinde gubernamental en la democracia de los '90 y 2000, apelando a una discontinuidad con la dictadura, pero forzando una legitimación en ésta en la medida que se establece como proceso redemocratizador, donde una de las mayores ausencias es la propia comunidad política, traspuesta por una comunidad económica. Este doble vínculo juega un importante rol al lograr que se profundicen las condiciones de sobrevivencia en ausencia de lo político. En este sentido, la clave de la transición democrática y de la cimentación discursiva que la amparó, fue sentar las bases de un proceso consensual ausente de lo político.

La constitución de los 80', en las manos de Jaime Guzmán, se sitúa como el momento ontoteológico de herencia schmittiana, como también eruptiva de los nuevos semblantes neoliberales. El carácter fundacional de la dictadura no es sino el continuismo de una política excepcional, donde la democracia se yergue como su reverso administrativo y gestional, utilizando el espacio de la vida como el lugar de rearticulación. La subsecuente regularidad democrática es potenciada por una subjetividad a ratos caída en el imperio de lo económico, a ratos en los espacios de la sobrevivencia.

Apuntamos al problema de la sobrevivencia como una clave analítica que nos

ayuda a comprender la gubernamentalidad desplegada desde la dictadura. La necesidad del frenar el proceso tanatopolítico se vio emparejada con una defensa en nombre de los derechos humanos, como también de un discurso político que buscó por sobre todas las cosas frenar las máquinas de muerte. En este sentido, lo político pasa a un segundo plano en cuanto el problema de la vida adquiere especial relevancia: había que luchar, primero que nada por la propia vida. Las prácticas de sobrevivencia se anudan en este conflicto donde la vida se torna sobrevivencia, en la medida que su motivo fundamental es el 'hacer vivir', pero esta vuelta a la vida es desde el mercado.

En este contexto, la economización es vista desde la sobrevivencia pues el neoliberalismo construye técnicas precarias de vida: desde el Plan Laboral de 1979, la privatización del sistema de salud en 1981, el Sistema de Pensiones 1981, etc. Hoy, a más de 30 años de las reformas neoliberales, observamos un país donde el nivel de endeudamiento de las familias alcanza 57,3% según las Cuentas Nacionales por Sector Institucional publicadas por el Banco Central (Diario Financiero, 2014). Según la Fundación Sol, sólo un 39% de los ocupados posee un empleo protegido, es decir, con contrato escrito, indefinido, liquidaciones de sueldo, cotizaciones y salud (Fundación Sol, 2011). La precarización laboral, y las condiciones subjetivas impuestas por el neoliberalismo, condicionan hoy un escenario que es preciso atender. La despolitización en el período democrático, la falta de un sentido comunitario en la mayoría de los aspectos, se reconoce por ejemplo en la baja tasa de sindicalización: en nuestro país, 9 de cada 10 asalariados no negocia sus condiciones de trabajo de manera colectiva (www.fundacionsol.cl).

Así, los dispositivos de las condiciones mínimas de existencia que se materializan en el neoliberalismo corresponden con las configuraciones filosóficas relativas a la vida misma. Las prácticas de las sobrevivencias se anudan en este doble registro. Los despliegues analíticos de esta configuración sobrepasan ampliamente las perspectivas representadas en estas páginas. Sin embargo, consideramos que es una primera iniciativa para abordar desde un punto de vista biopolítico la temática de la vida en nuestra historia. Como mencionábamos al comienzo, América es un continente cuya biopolítica es desplegada desde hace siglos, con la llegada conquistadora de los primeros españoles. El ensayo republicano se enmarca en un designio soberano, nacional e independentista que deja estela hasta el presente. La historia reciente de nuestro país puede entonces comprenderse desde el problema político de la comunidad, en tanto el neoliberalismo ha insistido en su apropiación y operosidad, logrando una interiorización en los cuerpos y en formas de sobrevivencias inauditas en períodos previos. Independiente de ello, hoy la tarea se nos muestra clara y concreta: aportar por nuevas formas de politización que se circunscriban en un designio donde la vida vuelva a ser política.

Referencias

- Agamben, G. (2003) *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Buenos Aires: Ed. Pre-Textos.
- Agamben, G. (2005). *Lo que queda de Auschwitz: el archivo y el testigo. Homo sacer III*. Madrid: Ed. Pre-Textos.
- Agamben, G. (2007). *Estado de excepción*. Buenos Aires: Ed. Adriana Hidalgo.
- Ávelar, I. (2000). *Alegorías de la derrota: la ficción postdictatorial y el trabajo del duelo*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Ávila, M. (2013). Campos de concentración de las dictaduras latinoamericanas. Una mirada filosófica. *La Cañada* 4, 215-231.
- Brunner, J. J. (1981). *Cultura Autoritaria en Chile*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Brunner, J.J. (1988). *Un espejo trizado*. Santiago de Chile: FLACSO.
- Cassigoli, I., Sobarzo, M. (2010). *Biopolíticas del sur*. Santiago: Arcis.
- Castro-Gómez, S. (2010). *Historia de la gubernamentalidad. Razón de Estado, liberalismo y neoliberalismo en Michel Foucault*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores.
- Diario Financiero (2014). Aumenta el endeudamiento de los hogares chilenos y el de las empresas no financieras. URL: <https://www.df.cl/noticias/economia-y-politica/macro/aumenta-el-endeudamiento-de-los-hogares-chilenos-y-el-de-las-empresas-no-financieras/2014-04-24/220944.html>
- Esposito, R. (1996). *Confines de lo político*. Madrid: Ed. Trotta.
- Esposito, R. (2003). *Communitas. Origen y destino de la comunidad*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Esposito, R. (2005). *Inmunitas. Protección y negación de la vida*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Esposito, R. (2006). *Bios. Biopolítica y filosofía*. Buenos Aires: Ed. Amorrortu.
- Esposito, R. (2009). *Comunidad, inmunidad y biopolítica*. España: Ed. Herder.
- Follegati, L. (2011). *La ilusión democrática: perspectiva sobre la subjetividad política en la transición chilena*. Tesis para optar al Grado de Magíster en Comunicación Política. ICEI, Universidad de Chile.
- Foucault, M. (1998). *Historia de la sexualidad. La voluntad del saber*. México DF: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2001). *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2007). *Nacimiento de la biopolítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Fundación Sol (2011). *Ideas para el buen vivir* N° 1. Santiago de Chile.
- Garretón, M. A. (1984). *Dictaduras y democratización*. Santiago: FLACSO.
- Gómez Leyton, J. C. (2010). *Política, democracia y ciudadanía en una sociedad neoliberal, Chile 1990-2010*. Santiago de Chile: Editorial ARCIS/ PROSPAL/ CLACSO.
- Hayek, F. Von (1997). *Los fundamentos de la libertad*. Barcelona: Ediciones Folio.
- Hayek, F. Von (1980). La contención del poder y el derrocamiento de la política. *Estudios Públicos* 1, 6-75.

- Karmy, R. (2007). ¿Qué es “Pinochet”? (Violencia, derecho y vida). *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. URL: <http://nuevomundo.revues.org/3822>
- Karmy, R. (Ed.) (2011). *Políticas de la interrupción*. Santiago de Chile: Escaparate.
- Lemm, V. (Ed.) (2010). *Michel Foucault: Neoliberalismo y biopolítica*. Santiago de Chile: Ed. Universidad Diego Portales.
- Negri, T., Hardt, M. (2000). *Imperio*. Recurso electrónico. www.philosophia.cl
- Rodríguez, R., Tello, M. (2010). *Sobre el (des)ajuste del acontecimiento de América en la política occidental. Parte I: Poder soberano y legitimidad del gobierno de América en el siglo XVI*. Manuscrito inédito.
- Rojas Hernández, J. (2006). La sociedad neoliberal. *Sociedad Hoy* 10, 41-72.
- Thayer, W. (2006). *El Golpe como consumación de la vanguardia*. Santiago de Chile: Ed. Cuarto Propio.
- Tironi, E. (1998). *El régimen autoritario. Para una sociología de Pinochet*. Santiago: Dolmen.
- Villalobos-Ruminott, S. (2010). Crisis soberana y crisis destructiva. Conversación en torno al libro *Tecnologías de la crítica: entre Walter Benjamin y Gilles Deleuze*, de Willy Thayer (Metales Pesados, 2010). Disponible en: http://www.academia.edu/3788612/Crisis_y_soberan%C3%ADa_conversaci%C3%B3n_con_Willy_Thayer_